

La educación superior frente a los desafíos del momento presente

Dr. Fernando Fernández*

Fidelidad a la vocación originaria de la universidad

En julio de 2009 sesionó en la Sede Central de la Unesco, en París, la Conferencia Mundial de Educación Superior, que concluyó con un comunicado final en el que aparecen unas líneas que bien pueden servirnos como “obertura” de la presente reflexión. Dice allí: “La educación superior no sólo debe proveer de competencias sólidas al mundo presente y futuro, sino contribuir a la educación de ciudadanos éticos”.¹

He querido comenzar con esta cita porque la educación superior se ha ido tornando cada vez más pragmática y más proclive a las solicitudes del sector productivo.

* Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Pontificia de Salamanca. Decano de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Profesor de Antropología Filosófica y Ética. Miembro del grupo de investigación Epimeleia. Correo electrónico: luis.fernandez@upb.edu.co

¹ Conferencia Mundial de Educación Superior (CMES) 2009. *Las nuevas dinámicas de la educación superior y de la investigación para el cambio social y el desarrollo. Comunicado final.* http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982009000400008

Por supuesto, debemos ofrecer una educación pertinente que responda a los requerimientos del mundo de hoy, lo que exige currículos que proporcionen los conocimientos y las herramientas necesarios para hacer frente a los desafíos del momento actual; lo que no podemos es funcionar al vaivén de las urgencias y de las diversas tendencias culturales de última hora en detrimento de la construcción integral de la persona humana.

Para decirlo a la manera del poeta Antonio Machado en sus *Prosas dispersas*, es menester conjugar la “temporalidad” con la “esencialidad”, lo externo y lo interno, lo que pasa y lo que queda, porque si solo atendemos a la realidad tangible, se nos escapan los “paisajes del alma”; o, dicho de otro modo, porque si solo educamos para hacer y producir, y no para soñar, ser y servir, engendremos seres disminuidos, insustanciales y hasta monstruosos, porque el alma que no sueña adquiere perfiles deformes. Por eso, si queremos entregarle a la sociedad profesionales de verdad competentes, hemos de formar personas de aspiraciones infinitas y de corazones sensibles, ilusionados y solidarios que sean capaces de transformar creadoramente el mundo y de acercarse fraternalmente a su prójimo. De lo contrario, estaríamos graduando operarios miopes, egoístas y estériles, quizás altamente eficientes, pero divorciados de la vida e incapaces de entrar en posesión de sí mismos, de disfrutar la vida y compartir con los demás. Si solo habilitamos para lo que se ve y lo que se toca; peor aún, si

solo capacitamos para trabajar en función del lucro y nos olvidamos de los sentimientos y las emociones; es más, si no formamos para maravillarse, para sentir pasmo al contemplar lo esencial, para tenderle la mano al otro y para vivir de manera bien lograda, entonces habremos errado el camino.

Desde sus inicios en el siglo XIII la universidad ha sido una de las instituciones más relevantes a la hora de afrontar los retos de cada momento, por su capacidad para generar conocimiento y resolver problemas. A lo largo de más de 800 años de existencia, esta ha sido siempre una de sus funciones sustantivas. Sabemos bien que el surgimiento de las universidades medievales coincide con el desarrollo de los burgos y, por lo tanto, del comercio; en consecuencia, no solo ha buscado la verdad, sino que ha nutrido e iluminado el mercado laboral, cosa que está muy bien, no así el limitar los alcances de la razón a un pragmatismo chato, cuando puede asombrarse ante la realidad total, como lo decía el Papa Benedicto XVI.²

En algún momento, las fuerzas vivas de la sociedad consideraron que la universidad se había distanciado de la sociedad y reclamaron una mayor sensibilidad y una más profunda imbricación entre universidad, empresa y Estado. He ahí el primer reto que deseo señalar: es preciso encarar el tema de la responsabilidad social de la universidad, de modo

2 CANTOS APARICIO. Marcos. *Razón abierta: la idea de universidad en J. Ratzinger/Benedicto XVI*. Madrid: Universidad Francisco de Vitoria, Biblioteca de Autores Cristianos, 2015, pp. 68-69.

que pueda dar respuesta a las necesidades del entorno,³ entregando a la sociedad profesionales provistos de una sólida formación personal, laboral y cultural, y no solo operarios capacitados. En otras palabras, no podemos olvidar que nuestros alumnos son hombres de hoy y que debemos prepararlos para que puedan desempeñarse con eficacia; pero tampoco podemos renunciar a cultivar el “saber de alto nivel”⁴ para producir mano de obra relativamente cualificada. Fernando Gil Cantero y Alberto Sánchez Rojo señalan en este sentido:

La universidad tiene que proporcionar una formación profesional especializada, pero evitando [...] los aprendizajes exclusivamente basados en intereses individuales mercantilistas. [...] La universidad tiene que buscar una perspectiva profesionalizadora más nuclear y no solo centrada en cuestiones operativas.⁵

Bien decía Jaspes que la preparación técnica debe ser compaginada con una formación cultural más amplia, “capaz de animar a los alumnos a cultivar su espíritu con autonomía y a dar libre curso a su *curiositas*”.⁶ A decir de Guardini, debemos cuidar dos aspectos en la educación superior: la materia práctica objeto de estudio y la forma operativa de la

profesión, que es la que se ocupa de la formación del hombre.⁷

Las sociedades en las cuales vivimos son cada vez más complejas, y las transformaciones culturales son cada vez más rápidas y profundas. Por consiguiente, se demanda de nosotros una respuesta eficaz, esto es, un replanteamiento de los planes de estudio, de las metodologías y hasta de las mediaciones, pues en un mundo en el que se hacen más frecuentes los desplazamientos nacionales e internacionales, y donde la movilidad urbana es progresivamente más difícil, la virtualización y el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en los procesos de formación se van haciendo perentorios e inaplazables. Juan García Gutiérrez, profesor de la UNED, afirma al respecto:

La educación es ya, también, un espacio colonizado por las TIC. La mayoría de la gente que necesita aprender algo, lo hace también *online*. Estudiar una titulación universitaria, preparar un dulce navideño, aprender a reparar un aparato, o conocer los síntomas aparejados a una enfermedad determinada, (casi) todos pueden hacerse a través de internet.

[...] La universidad en una sociedad red no es solo una institución que usa las tecnologías en la creación y transmisión del conocimiento, sino que, sobre todo, es una institución que está *conectada* tanto a lo *global* (internacionalización) como a lo *local* (responsabilidad).

[...] Por tanto, el rasgo que caracteriza a la universidad en una sociedad red es el aprendizaje *online*.

3 RUBIO, Laura; PRATS, Enric, y GÓMEZ, Laia (coords.). *Universidad y sociedad*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2013.

4 BARRIO MAESTRE, José María. “La universidad en la encrucijada”, en: *Educación en la Universidad de hoy*. Madrid: Encuentro, 2015, p. 16.

5 GIL CANTERO, Fernando y SÁNCHEZ ROJO, Alberto. “Hacia una pedagogía universitaria. Los seminarios de lectura en la universidad”, en: *Educación en la Universidad de hoy*. Madrid: Encuentro, 2015, p. 39.

6 JASPERS, Karl. “La idea de la universidad”, en. AA. VV., *La idea de la universidad en Alemania*. Buenos Aires: Sudamericana, 1959, p. 79.

7 GUARDINI, Romano. *Tres escritos sobre la universidad*. Pamplona: EUNSA, 2012, p. 31.

Esto ha supuesto la (des)materialización del espacio educativo en términos físicos, pero también temporales. Se trascienden los límites educativos vinculados con la presencialidad. Esto es, se supera la idea de que el proceso educativo implica que profesor y estudiante coincidan en un mismo sitio y en un mismo momento. Lo digital (internet y las TIC) amplía, al menos aparentemente, los espacios y los tiempos donde poder llevar a cabo los procesos educativos.

Universidades presenciales y a distancia han generado sus propios “campus virtuales” y plataformas de aprendizaje *online* para dar soporte a las asignaturas y a las relaciones entre éstos y los profesores.⁸

Como podemos reconocer, el ciberespacio ha creado nuevos escenarios para el aprendizaje y generado nuevas posibilidades educativas; pero con todo lo benéfico que pueda traer, no es más que una mediación que debe emplearse con criterios formativos, porque la universidad no puede desentenderse de la formación de personas íntegras. “Recuperar el humanismo en la sociedad red [...] es fundamental para que las universidades no se descompongan y sean únicamente reconocibles por las misiones que las definen”.⁹ La educación *online* ha de ser una “experiencia educativa auténticamente humanizadora”.¹⁰ Aun por este medio debe afirmarse la centralidad de la persona humana, sin ceder a la “cosificación digital”.¹¹ Por cualquier medio,

8 GARCÍA-GUTIÉRREZ, Juan. “La universidad en la sociedad en red. Entre el mercado y los derechos humanos”, en: *Educación en la Universidad de hoy*. Madrid: Encuentro, 2015, pp. 66-69.

9 *Ibíd.*, p. 76.

10 *Ibíd.*, p. 78.

11 *Ibíd.*, p. 79.

“el primer deber de la universidad es enseñar la sabiduría, no una profesión; enseñar carácter, no detalles técnicos”,¹² como dijo Sir Winston Churchill.

La universidad no debe olvidar su esencia, no debe perder de vista ni por un instante que lo suyo propio es *la vida intelectual*; pero como desde los mismos comienzos el compromiso social también forma parte de su ser, debe equilibrar los contenidos teóricos con el desarrollo de competencias, entendidas estas como una combinación de conocimientos, cualidades humanas y destrezas laborales que permitan el logro de un desempeño destacado.¹³ Digámoslo de otro modo: el proceso formativo está llamado a conectar conocimientos, habilidades y actitudes para entregarles a la sociedad profesionales completos, dotados de criterios éticos y epistemológicos, y no solo técnicos capaces de mantener en marcha el sistema productivo y el desarrollo de la sociedad en pro del bienestar de la persona.

Como ha sucedido a lo largo de la historia, la universidad debe redescubrir hoy el papel que le corresponde desempeñar en la sociedad. Las nuevas dinámicas exigen una permanente reinención por parte nuestra, si queremos continuar incidiendo en la sociedad, pues “las actuales formas de convivencia tienden a concentrar toda la densidad

12 CHURCHILL, Winston y COOTE, Colin. *Sir Winston Churchill, a self-portrait*. Londres: Eyre & Spottiswoode, 1954, p. 36.

13 LE BOTERF, Guy. *Ingeniería de las competencias*. Barcelona: Gestión 2000, 2001, p. 23.

de relaciones sociales en esos sectores de la tecno-estructura que son el Estado, el mercado y los medios de comunicación social”.¹⁴ En un mundo sometido a los dictados del mercado y orientado por los medios de comunicación, la universidad debe ejercer un liderazgo ético promoviendo un diálogo eficaz en todos los niveles,¹⁵ como propone el Papa Francisco, para edificar una verdadera cultura del encuentro y unas sinergias generosas que, como decía Benedicto XVI, surgen del “logos”, que crea “dia-logos” y, por tanto, comunicación.¹⁶

Pero si en verdad desea asumir esta causa, la institución universitaria debe esforzarse por comprender las nuevas mentalidades, no para plegarse sumisa e interesadamente a ellas, sino para saberlas encauzar, porque, como comprende María Zambrano, “educar será, ante todo, guiar al que empieza a vivir en esta su marcha responsable a través del tiempo”;¹⁷ todavía más, educar será ayudar a cada persona a despertar a la realidad, para que esta no oprima su ser ni se le eche encima, sino que al ser debidamente asumida vaya llenando la vida de sustancia.¹⁸

No debería volvernos a suceder lo que les pasó a algunos profesores y directivos universitarios con respecto a los movimientos

estudiantiles de mayo de 1968, en los que solo vieron algarabías callejeras sin llegar a sospechar su fuerza renovadora ni advertir el agotamiento de las prácticas sociales establecidas hasta entonces. Después de esas protestas nada volvió a ser como era: había emergido una nueva manera de pensar, fue una auténtica “revolución cultural”.¹⁹ Ahora es menester que la universidad asimile y sepa tomar una postura acertada frente a las dinámicas sociales y tecnológicas emergentes. Es deber nuestro comprender esas transformaciones y ofrecer una formación humanista pertinente, no meramente instruccional, sino auténticamente humanizadora, para no quedarnos por fuera de la historia y para evitar que los hombres de hoy se deslicen por un plano inclinado hacia la nada o sean succionados por un activismo frenético y un consumismo incesante que les priva de expectativas vitales e ideales nobles.

Mientras la Modernidad se dejó obnubilar por la idea de progreso y lo cifró en el dominio de la naturaleza, en la sociedad del conocimiento, ahora, creemos que la verdadera riqueza de los pueblos no radica en su potencial para transformar la materia, sino en la capacidad para generar nuevos conocimientos y en la agilidad y versatilidad para procesar y transmitir la información. Este es uno de los principales retos de la universidad actual: responder eficaz y originalmente a este tipo de demandas y, más aún, no solo ir a la saga de ellas, sino anticiparse mediante la

14 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2007, p. 9.

15 PAPA FRANCISCO: *Veritatis Gaudium*, n.º 4, literal b, 29 de enero de 2019.

16 BENEDICTO XVI. Carta encíclica *Caritas in Veritate*, n.º 4, 29 de junio de 2009.

17 ZAMBRANO, María. *Filosofía y educación*. Málaga: Ágora, 2007, p. 152.

18 *Ibíd.*, p. 153.

19 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., p. 16.



investigación y el ejercicio del pensamiento. Por eso, Alejandro Llano afirma que “para la universidad, el nombre actual de la fidelidad a su propio proyecto es *innovación*”.²⁰

Este desafío implicará la superación de las fronteras entre las disciplinas convencionales para articular los nuevos conocimientos, de manera que se consiga no solo producir artefactos cada vez más funcionales, sino, sobre todo, la unidad de un horizonte humano henchido de sentido. El Papa Francisco, en el proemio de la Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, incluye entre los principios orientadores la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad,²¹ exigencias indeclinables si se quiere alcanzar la unidad del saber, puesto que la satisfacción de las necesidades de hoy no puede conseguirse si se mantienen las viejas prácticas aislacionistas y los esquemas organizativos rígidos de otras épocas. Esta nueva dinámica ha de comenzar con la demolición de los muros que separan a las facultades, para así avanzar hacia una efectiva cooperación interfacultativa que favorezca la solución de los problemas prácticos y los ilumine con la luz de las ciencias humanas y sociales.

Solo puede crear e innovar el que se pone a pensar en serio y lo hace con pasión, que es la fuerza del alma. Picasso decía que su musa era el trabajo arduo, un trabajo de conceptualización constante. Pensar en serio: ese es el secreto de la innovación. La misión primera

de la universidad, entonces, es la de enseñar a pensar; y a pensar se aprende montándonos sobre hombros de gigantes, aprovechando la altura de los que buscaron antes que nosotros para ver más, sin caer en adanismos insulsos o en la arrogancia del que ignora la historia y cree estar descubriendo el Mediterráneo.

En su obra titulada *¿Qué significa pensar?*, Heidegger escribe que el hombre es el ser que tiene la posibilidad de pensar; pero tenerla no garantiza que seamos capaces de hacer tal cosa. Para ser capaces de algo es necesario dejar entrar ese algo en nuestra vida, sentirnos inclinados hacia ello. En estas palabras encontramos la misión de la universidad: suscitar la inclinación hacia el pensamiento; una inclinación que posibilite aprender a pensar, a prestar atención. Según el pensador de la Selva Negra, “el hombre hasta ahora y desde hace siglos ha obrado muchísimo y ha pensado demasiado poco”.²² Quizás hemos pensado poco porque hemos vivido muy atareados calculando y produciendo. Tendríamos que aprender a recogernos y prestarle atención a la realidad para poder poetizar, es decir, para poder crear y no solo representar. Aprender a pensar para poder desvelar. Aprender a preguntar para traer a la presencia posibilidades nuevas. Pero semejante tarea solo puede llevarla a cabo el que se incline hacia ella, el que aprenda a amar la faena poética de buscar.

Desde esta perspectiva, el marco conceptual en el que debe inscribirse la universidad es el de una metafísica creacionista que ejercite

²⁰ *Ibíd.*, p. 33.

²¹ FRANCISCO. Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, n.º 4, literal c.

²² HEIDEGGER, Martin. “¿Qué significa pensar?”, en: *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997, p. 255.

en todo momento la posibilidad de pensar. De ahí que su misión sea la de enamorar a los alumnos de la búsqueda de nuevas posibilidades. El amor es el que funda, el que hace posible un mundo nuevo, y por ello la tarea universitaria es la de enseñar el *amor intellectualis*, que impide la repetición estéril e impulsa hacia una navegación constante. Lo auténticamente creativo es estudiar en serio y pensar sobre lo estudiando. Solo así se originan ideas nuevas. Es una ingenuidad mayúscula pensar que la garantía de la calidad, la creatividad y la vitalidad de la institución académica estriba en contar con mejores medios. La verdadera novedad, en efecto, no es tecnológica: es el pensamiento.²³

El presente y el futuro de la universidad no dependen ni de la abundancia de medios económicos y tecnológicos, ni de la eficacia organizativa, ni de pedagogías progresistas, ni de las relaciones interinstitucionales. Estriba en la fecundidad del pensar.²⁴ Por supuesto, cada vez es más necesaria la relación de la universidad con las instituciones de su entorno, con el Estado y la empresa privada, que pueden y deben acudir a ella en busca del servicio insustituible que puede prestarles: la investigación; y ojalá cada vez sea mayor la cuantía de los recursos que le aporten para el desarrollo de nuevos conocimientos. Lo que no está bien, lo que no debemos permitir, es la intromisión en el quehacer académico a tal punto que lo vacíen de sus rasgos peculiares

23 BARRIO MAESTRE, José María. "La universidad en la encrucijada", op. cit., p. 21.
24 *Ibíd.*

y lo trasformen en un calco de la empresa, fenómeno que parece estar aconteciendo ya por vía del lenguaje. Valga tan solo un ejemplo: se habla de "productividad" para hacer referencia a la actividad intelectual de escribir y publicar. Recordemos que el lenguaje tiene carácter performativo, esto es, que las palabras que usamos configuran un modo de ser.

Las funciones sustantivas de la universidad —docencia, investigación y extensión— deben ser custodiadas celosamente. Ciertamente la transferencia del conocimiento es importante y cada vez más necesaria, pero la prioridad ha de seguir siendo la formación de las personas. Una universidad de alta calidad ha de distinguirse por la forja ética de personas pensantes y libres que sepan vivir y convivir, hombres y mujeres cívicamente responsables, dispuestos a poner sus talentos al servicio del bien común. La educación será en realidad superior si está tejida de interés por la realidad, de contenidos sólidos, metodologías ajustadas a las nuevas mentalidades, capacidad creadora y estilos relacionales que sean concreción del humanismo cristiano²⁵ en el que debe inspirarse la universidad católica. En suma, un *humanismo trascendente* que le permite al hombre de hoy hallarse a sí mismo, descubrir su propia dignidad, iluminar sus quehaceres con la luz del Evangelio y orientar su vida

25 FERNÁNDEZ-OCHOA, Luis Fernando, CEBALLOS SEPÚLVEDA, Julio Jairo, RESTREPO POSADA, María Clemencia y GIRALDO ZAPATA, Juan David. "Fe, humanismo cristiano e integridad", en: *Universidad como experiencia humanizadora*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2019, pp. 27-77.



hacia la plenitud.²⁶ Y tal cometido se consigue, según Maritain, asumiendo los valores superiores del amor, la amistad, la oración y la contemplación.²⁷

La universidad de hoy debe formar profesionales que no se dejen avasallar por lo meramente fáctico, que sepan mirar hacia lo alto, que tengan visión de conjunto y se sientan motivados a buscar un mundo más justo por la vía de la cooperación. La misión de la universidad va más allá de la adaptación acrítica a las nuevas tendencias sociales; ella está llamada a incidir activamente en el origen de esos cambios; su misión consiste en poner los diversos saberes como acicate de esas transformaciones y, si se trata de la universidad católica, iluminarlas con las luces del Evangelio. Por eso, esta institución no puede olvidar que la fecundidad de la tarea académica adquiere perspectivas trascendentes y debe ser cultivada en un clima de diálogo entre fe y cultura, de libertad, de interés por el otro y de pasión por la verdad.

Los profesores estamos llamados a transmitir pasión por el pensamiento. En palabras de Santo Tomás de Aquino, lo que nos compete hacer es *contemplare et contemplata aliis tradere*, contemplar y transmitir a otros lo que hemos contemplado, es decir, ayudar a mirar para que se descubra lo que a simple vista no se ve, lo que solo se puede ver con detenimien-

to e interés. Recordemos que “interés” viene de *inter-esse*, estar entre las cosas o, mejor todavía, traer las cosas a mi ser, hacerlas mías, comprometerme vitalmente con lo que hago para construir un mundo más humano.

Sin embargo, lo que vivimos hoy es un total desinterés por la verdad. Las gentes parecen acudir hoy a la universidad en busca de un pasaporte para ingresar al mercado laboral, con el ánimo de alcanzar un mejor estatus socioeconómico. Pero lo grave no es que la gente actúe así, sino que no estemos pensando suficiente la universidad, que se reduzca la reflexión sobre la cosa universitaria a comparaciones estadísticas, que se les haya entregado las riendas a empresarios y políticos, a hombres que viven el *bios praktikós* y a los que les es ajeno el *bios teoretikós*; y aun así, siéndoles ajeno, pretendan modelar la universidad a la medida de sus intereses. Y ya lo sabemos: aunque digan admirar el mundo de los valores éticos y estéticos, lo suyo es el mundo de los valores económicos, y desde esa “métrica mental”, para decirlo con palabras de Amartya Sen, buscan rediseñar esta institución, ajustarla al inmediatismo de sus aspiraciones y medirla según resultados crematísticos.

Los académicos parecen haber entregado la universidad al filisteísmo. La amenaza más seria en la hora presente es que la universidad se vacíe progresivamente de sus propios ideales de saber universal y de diálogo libre y riguroso, para, en lugar de eso, someterse aún más al proceso de mercantilización por el que atraviesa actualmente, un fenómeno que

26 PABLO VI. Carta encíclica *Populorum Progressio*, n.º 16, 26 de marzo de 1967.

27 MARITAIN, Jacques. “Les conditions, spirituelles du progrès et de la paix”, en: *Rencontre de cultures à l’UNESCO sous le signe du Concile oecuménique Vatican II*. París: Mame, 1966, p. 6.

ha traído consigo la hiperburocratización y el procedimentalismo excesivo. Como decía el cardenal Newman, “cada época tiene un particular punto de vista”,²⁸ y el de la nuestra parece ser el utilitarismo, que ha vuelto neo-liberal a la universidad:

Su función primordial se ha convertido en preparar a los jóvenes para trabajar en un mercado global; y porque el conocimiento se ha convertido en un producto más del mercado, algo que tiene su reflejo en los catálogos de titulaciones y planes de estudio actuales, convertidos en conjuntos flexibles de competencias y resultados de aprendizaje atentos a las demandas de los mercados laborales.²⁹

El Acuerdo de Bolonia introdujo un lenguaje extraño: el de las competencias, las habilidades y las destrezas, términos procedentes del sector empresarial con el propósito de entablar un diálogo más fluido con los empleadores, según el Proyecto Tuning. Así penetró en el ámbito educativo el espíritu de la empresa, modificando radicalmente el perfil de profesores y alumnos y la noción misma de universidad. Un lenguaje espurio comenzó a apoderarse de ella: se terminó rebajando al alumno a la condición de “cliente”, al profesor se le hizo pasar por el aro encendido de las reformas y devino “facilitador”, las matrículas vinieron a ser “ventas”. Se aceptó sin ningún pudor que la universidad fuera una empresa de servicios, para matizar, pero *empresa* al fin y al cabo.

28 NEWMAN, John Henry. “Disciplina intelectual”, en: *La idea de la universidad II. Temas universitarios tratados en lecciones y ensayos ocasionales*. Madrid: Encuentro, 2014, p. 259.

29 GARCÍA-GUTIÉRREZ, Juan. “La universidad en la sociedad en red”, op. cit., p. 73.

A este respecto, José María Barrio Maestre señala que “la introducción de los criterios mercantiles en la vida académica induce un estrés radicalmente incompatible con el estudio sereno de las materias de gran alcance, con el cultivo del saber de alto nivel para el cual la universidad constituye el espacio apropiado”.³⁰ Parece que todo lo que hacemos en la universidad ha de poder “venderse”; por eso, tanto el nombre de cada institución como los temas de investigación, las publicaciones y los títulos académicos están sometidos a la tiranía del mercado. Prueba de ello son los *rankings*, que, cual bolsa de valores, nos mantienen con los nervios de punta.

En esta lógica, las titulaciones que ofrezcan en menor tiempo destrezas para situarse mejor en el mercado serán las más vendibles, mientras que las disciplinas académicas de mayor peso formativo, pero menos rentables, serán puestas contra la pared, teniendo que pugnar de manera desigual por la supervivencia. Alejandro Llano expresa:

La vitalidad de una institución depende de su capacidad de comunicación con otras instituciones sociales. Y esto es particularmente válido para la Universidad, cuyo tejido institucional es esencialmente dialógico. Si no estuviera al servicio de la sociedad y decididamente abierta a ella, la universidad perdería su interno sentido.³¹

Lo que no debe ocurrir, no obstante, es que la tecnoestructura mercantil que ha ido colonizando el mundo académico lo desvirtúe y

30 BARRIO MAESTRE, José María. “La universidad en la encrucijada”, op. cit., p. 25.

31 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., p. 61.



reduzca la universidad a una simple dispensadora de destrezas meramente formales, ayunas de un saber de gran calado, y que convierta a las autoridades y a los catedráticos en gestores presupuestarios³² y en vendedores de bienes culturales. La universidad “debería seguir siendo un último lugar de resistencia crítica”³³ en el que se forma reflexivamente, de tal modo que los profesionales que le entregue a la sociedad no solo sepan hacer algo, sino que sepan por qué lo hacen y, todavía mejor, que sean capaces de buscar mejores formas de hacer las cosas y de procurar con ello mejores condiciones de vida para todos.

La necesidad de docentes con alma

La formación humana y cristiana de los profesores, los alumnos y el personal de apoyo de las universidades católicas es imprescindible. El primer lugar, por supuesto, lo debe ocupar la formación continua del profesorado. En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco señala que son necesarios “docentes con alma”, profesores que se reconozcan como marcados a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar y liberar;³⁴ maestros que se entreguen a fondo y con constancia; que desarrollen el gusto espiritual de estar cerca de sus alumnos y sientan pasión por ellos; que se mantengan accesibles y sean capaces de atender con una actitud amorosa e interesada al que les busca; que sepan escuchar las inquietudes de sus es-

tudiantes, así como alegrarse con los que están alegres y llorar con los que lloran; que asuman su trabajo no como peso que los desgasta, sino como una opción que los llena de alegría; que sepan corregir y enseñar “con dulzura y respeto” (1 Pe 3, 16); que no se cansen de hacer el bien (Gal 6, 9); que sientan que en su profesión está su vida misma, porque en cada alumno y en cada colega reconocen una persona que es digna de su entrega y un camino de realización personal.

Para tener una planta profesoral con semejantes características, será menester tanto un proceso riguroso de selección como una formación constante; de lo contrario nos iremos llenando de “especialistas sin alma y vividores sin corazón”, en palabras de Max Weber, que estropean todo lo que tocan. Puede que ostenten pomposos títulos y un currículo muy abultado, pero si no tienen alma serán, como dice Eliot, hombres huecos con la cabeza rellena de paja, y con semejantes especímenes ni se hace ciencia ni se forman personas de bien.

Para que el maestro pueda enseñar, es preciso que sienta ilusión por sus alumnos, como lo indica Julián Marías;³⁵ que se sienta impulsado a sacar de ellos su contenido más verdadero (*educatio*), que quiera formarlos (*paideia*, *Bildung*). Para este filósofo, la ilusión es un ingrediente esencial del proceso de enseñanza-aprendizaje:

Si los estudiantes no esperan ilusionados la llegada del maestro, su presencia, su enseñanza, no funciona para ellos como maestro, sino a lo sumo como “docente” o “profesor”. Si el maestro, por

32 PEREIRA, Antonio. *Política y educación*. Pamplona: EUNSA, 1993, pp. 62-63.

33 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., p. 109.

34 PAPA FRANCISCO. Constitución Apostólica *Evangelii Gaudium*, n.º 273, 26 de noviembre de 2013.

35 MARÍAS, Julián. *Breve tratado de la ilusión*. Madrid: Alianza, 1985, p. 95.

su parte, no siente ilusión por su menester, y concretamente por sus discípulos, en grado muy alto por algunos, su función es una forma deficiente, una degeneración de una vocación. Uno y otros tienen que esperar, anticipar, sentir complacencia, asociarse a las trayectorias ajenas. Si esta ilusión falta, la auténtica función no se cumple.³⁶

Una de las razones de la crisis universitaria de nuestro tiempo es el hecho de que la docencia se haya convertido en una “profesión” que se ejerce como cualquier otra, sin particular vocación y sin las aptitudes que le son propias. A ello se aúna la falta de estimación o admiración de los estudiantes por sus maestros. Lo primero que tendríamos que infundirles a los profesores de las universidades católicas sería ese ingrediente erótico que para Platón era consustancial a la tarea formativa: sin amor es imposible cuidar del otro, entregar lo mejor a los alumnos, persistir en la tarea diaria de ayudarles a forjar su carácter y a adquirir el temple necesario para abrirse paso en la vida. Es necesario que los maestros vuelvan a ser referentes, y esto solo lo conseguirán amando de verdad, amando su saber y amando a sus alumnos, entregándose sin medida, porque cuando se ama, lo que se ha hecho nunca basta, siempre parece poco. Formar profesores con esta impronta será la mejor garantía de que la universidad católica sea germen de la “civilización del amor”.

Por supuesto, un currículo sólido de formación humanista es necesario, pero sin profesores idóneos para hacerlo vida en sus alumnos,

36 *Ibíd.*, p. 96.

por bien diseñado que esté, puede llegar a ser letra muerta. Según Kahlil Gibran, lo que en realidad puede dar un verdadero maestro a sus alumnos es su fe, su amor y su capacidad de disfrutar en la búsqueda; él sabe que no puede hacerlos entrar en la casa de la sabiduría, pero sí puede conducirlos hasta el umbral de su propio espíritu;³⁷ puede hacerles comprender que solo serán buenos cuando se esfuercen por ser ellos mismos;³⁸ puede invitarlos a hacer de su vida diaria templo y religión, y entregarse sin reserva al encuentro con Dios en ese recinto vivo y a orar con la plegaria que surge de la vida diaria;³⁹ a elevarse entre los muros de las prisiones y a volar tan alto como sus esperanzas;⁴⁰ a experimentar la belleza de un corazón ardiente y un alma encantada;⁴¹ a entonar un canto de libertad;⁴² a darse a sí mismos; a no retroceder cuando vacilen y tambaleen, sino a continuar hasta la meta; a no haraganear ni ser indolentes.⁴³

Para que esto sea posible, la universidad ha de ser un lugar de *encuentro interpersonal* y de *integración* de los diversos aspectos de la vida humana. El encuentro es, precisamente, lo que hace que puedan ser unificados existencialmente aspectos que suelen verse como opuestos: interioridad y exterioridad,

37 GIBRAN, Kahlil. *El profeta*. 2003. <https://www.biblioteca.org.ar/libros/11402.pdf>

38 *Ibíd.*, p. 32.

39 *Ibíd.*, p. 33.

40 *Ibíd.*, p. 37.

41 *Ibíd.*, p. 36.

42 *Ibíd.*, p. 34.

43 *Ibíd.*, p. 32.



corporeidad y espiritualidad, temporalidad y eternidad, obediencia y libertad. De ahí que ofrecer una *formación integral* signifique que cada docente se esfuerza para que esos conceptos no sean entendidos como opuestos y dilemáticos, y para ello emplea el más eficaz de los medios pedagógicos: la *cercanía*. Por eso escribe Guardini: “Yo únicamente soy capaz de comprender algo cuando [...] logro establecer una *relación*”,⁴⁴ “si ‘existencia’ significa algo, es ante todo *unidad*”.⁴⁵ Tarea esta que exige la frescura del niño, la paciencia del pescador, la persistencia del leñador, la creatividad del artista, la disciplina del militar y la benevolencia del anciano.

El Papa Francisco, desde su época como arzobispo de Buenos Aires, se ha referido en diversas ocasiones a lo que denomina “cultura del encuentro”: aquella en la que la persona humana ocupa el centro de todos los comedidos; en la que los seres humanos son tenidos en cuenta por lo que son; en la que se le es fiel a la realidad y no se le rinde culto a la apariencia; en la que la sabiduría cuenta más que la vana suficiencia; en la que aprendemos a dialogar para vivir en armonía, de modo que no se diga más que somos “hijos de la información y huérfanos de la comunicación”; una cultura en la que las palabras no carecen de sustancia y las ideas no son usadas como armas para aplastar, sino como antorchas para iluminar; una cultura en la que se admite que la

fe posee una fuerza creativa capaz de dinamizar la existencia humana y en la que Dios no sigue siendo el gran marginado; una cultura que no está hecha de neutralidad e indiferencia, sino de compromiso y respeto por cada ser humano, especialmente por el más débil.

Esta “cultura del encuentro” requiere que el arte de educar no sea *light*, que no esté bien licuado y a resguardo de cualquier convicción, sino que constituya una apuesta decidida por los trascendentales del ser: lo bueno, lo verdadero y lo bello, en lugar de seguirse empequeñeciendo en la mera transmisión de datos, que lo único que produce son profesionales que saben mucho pero tienen un corazón raquítrico que siente poco. Esta cultura, entonces, clama por una educación cuyo propósito primordial sea la formación de los corazones y la convivencia en sociedad; una educación que forme para la rectitud en el modo de entender la existencia y que favorezca el reconocimiento del otro.

Desde luego, semejante tarea requiere educadores idóneos, maestros y maestras que tengan mucho de padre y de madre; que sean capaces de hacerse cargo de la formación interior de sus alumnos y estén dotados de autoridad; que sepan nutrir y hacer crecer (esa es la etimología de la palabra *auctoritas*) y propicien el encuentro con la propia interioridad y con las otras personas; maestros y maestras capaces de fomentar el “éxodo de sí mismo” para lograr el encuentro con el prójimo que nos espera y que es la condición de posibilidad para realizarse y alcanzar una paz interior duradera, puesto que el secreto de la plenitud

44 GUARDINI, Romano. *La existencia del cristiano*. Madrid: BAC, 1997, p. 7.

45 GUARDINI, Romano. *Stationen und Rückblivkke, Werkbund*: Würzburg, 1965, p. 21, citado por LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso, “Estudio introductorio”, en: *Ética. Lecciones en la Universidad de Múnich*, op. cit., p. xxxviii.

personal, que en el fondo anhela todo hombre, es desvivirse para que otros vivan, es decir, vivir el amor fraternal que consiste en la capacidad de compartir.

Como dijo el Papa Francisco en una conferencia dictada en Argentina en 2006, la “cultura del encuentro” exige que el camino pedagógico no sea desvirtuado por la aplicación indiscreta de modelos importados que ponen el acento en las técnicas y los procedimientos, pero descuidan el encuentro educativo que vincula cordialmente al docente con su alumno. La educación solo es auténtica si pone en el centro a la persona humana, pero se degrada cuando estructuras, currículos, programas, contenidos, evaluación y modos de gestión acaparan el primer plano. Quienes nos dedicamos a la educación necesitamos confiar más en los afectos que en las técnicas; es preciso que queramos lo que hacemos y que queramos a nuestros alumnos y a nuestros colegas, porque es la calidez de ese afecto la que configura la actitud sapiencial que de veras forma personas de bien.⁴⁶

La formación humanista como construcción de una vida bien lograda

Es necesario innovar, la universidad siempre lo ha hecho; que nadie nos haga pensar que durante más de 800 años hemos estado equivocados. Esta institución ha sido la principal generadora de conocimiento en Occidente y

46 BERGOGLIO, Jorge Mario. “El que nutre y hace crecer”, Curso de Rectores, febrero de 2006, pp. 77-83, en: *El verdadero poder es el servicio*. Buenos Aires: Editorial Claretiana, 2007. Véase además: “Educar en la cultura del encuentro”, Disertación en la Asociación Cristiana de Empresarios, septiembre de 1999, en: *El verdadero poder es el servicio*. Buenos Aires, Editorial Claretiana, 2007.

debe seguirlo siendo; por eso, es preciso que haga valer lo que siempre valió.⁴⁷ Innovar es renovar, crear, soñar, imaginar, y por paradójico que suene, es también conservar, no dejar perder lo mejor que se ha logrado, como afirma Robert Spaemann.⁴⁸ En este sentido, el cardenal Newman distingue entre el *tradicionalismo*, que mitifica el pasado y pretende detener el devenir de la historia, y la *tradicción auténtica*, que recoge los avances que se han conseguido y se renueva para dar cabida a los diversos desarrollos culturales. A eso precisamente es a lo que está llamada la universidad: no a un progresismo que prescindiera de la continuidad histórica, sino a poner en diálogo el pasado con el presente, como dice el poeta T. S. Eliot, sabiendo que la primacía antropológica la tiene el futuro, por cuanto la vida humana es proyectiva.

Este es un tema en el que debe insistir la formación humanista que se imparte en la universidad católica, en la condición futuriza de la persona humana.⁴⁹ En una época de inmediatismos en la que parece que se vive únicamente en el aquí y el ahora, nosotros debemos procurar que nuestros alumnos tengan sentido del futuro y elaboren un plan de vida responsable. Está muy bien que busquemos la innovación tecnológica y social, pero hemos de procurar que la capacidad de innovación se enfoque también en la recreación del propio ser, que el acto

47 BARRIO MAESTRE, José María. “La universidad en la encrucijada”, op. cit., p. 17.

48 SPAEMAN, Robert. *Ética, política y cristianismo*. Madrid: Palabra, 2008, p. 94.

49 MARÍAS, Julián. *Antropología metafísica*. Madrid: Alianza, 1983, p. 87.



creativo apunte primordialmente al propio y personal proyecto de ser,⁵⁰ para alcanzar una vida lograda.⁵¹

La formación humanista no debe ser un recuento de datos de las ciencias sociales y humanas; ha de ser un proceso de reflexión que le permita a toda la comunidad universitaria avanzar hacia la construcción de la propia identidad, sin dispersarse entre los objetos; ha de ser una búsqueda de la propia realidad, para alcanzar la madurez personal y social:

No hay ganancia más preciosa. Y es que, en rigor, cualquier otra cosa que yo posea resulta irremediabilmente externa a mí mismo. Yo no mejoro por llegar a adquirir —recordemos a Pedro Salinas— “islas, palacios, torres”. Son objetos que jamás llegan a entrañarse en mí, que nunca alcanzo a hacer míos, además de que puedo llegar a perderlos, lo cual provoca una inevitable inquietud.⁵²

La formación humanista debe configurar de tal manera el carácter de la persona que pueda llegar a decir con los griegos: “todo lo mío lo llevo conmigo”, lo propiamente mío, eso que me constituye, no lo que tengo, sino lo que soy. El plan de formación humanista de una universidad católica es aquel en el cual se imparten los principios que animan el proyecto educativo institucional y le confieren notas diferenciadoras, rasgos peculiares. El horizonte formativo es el humanismo cristiano en el que se promueve la permanente afirmación y construcción de la persona

50 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., p. 32.

51 LLANO, Alejandro. *La vida lograda*. Barcelona: Planeta, 2014.

52 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., pp. 37-38.

humana a la luz del Evangelio. La finalidad es la formación integral, es decir, humana, cristiana y social; el producto debe ser la construcción del proyecto de vida y el tejido de relaciones significativas consigo mismo, con los otros, con Dios y con el entorno, en la línea de lo planteado por el Papa Francisco en su encíclica *Laudato si'* cuando se refiere a los cuatro niveles del equilibrio ecológico.⁵³

La formación humanista debe habilitar para enfrentar la vida con garbo, esperanza, alegría⁵⁴ y espíritu creador, así como para convivir de manera respetuosa, para servir y transformar el mundo a través de un trabajo honesto y creativo. Esta formación, en suma, debe consistir en un proyecto de humanización que logre el conocimiento y la edificación de sí mismo, el reconocimiento del otro y la incorporación de hábitos que sirvan de base a las virtudes que dignifican y realizan la vida humana. Lo fundamental debe ser llevar al alumno a pensarse a sí mismo como un ser libre, un ser trascendente, un ser en relación y un ser situado, porque, como dice Martha Nussbaum, “para que la educación sea buena, debe ser sensible al contexto, la historia y las circunstancias culturales y económicas”.⁵⁵

La formación humanista debe proponer un sano equilibrio entre el ser, el hacer, el convivir y el trascender, todo sobre la base de las

53 PAPA FRANCISCO. Carta Encíclica *Laudato si'*, n.º 210, 24 de mayo de 2015.

54 PAPA FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n.ºs 1-8, 26 de noviembre de 2013.

55 NUSSBAUM, Martha. *Crear capacidades. Propuestas para el desarrollo humano*. Barcelona: Paidós, 2012, p. 185.

virtudes teologales y los valores éticos. *Ser más* debe representar el ideal que anime este plan de formación: ser más humanos, más solidarios, más responsables, más profesionales, mejores personas. Se debe evitar el enciclopedismo que hastía los espíritus⁵⁶ e ir más allá de la instrucción: ir en busca de la virtud, que “es el fin supremo de la educación”.⁵⁷ Debe ofrecerse una educación decididamente católica, sin estrecheces, universal, abierta al mundo; una educación basada en el análisis reflexivo que forme personas prudentes, honestas y laboriosas; profesionales creativos y comprometidos con el desarrollo de su país; una educación que genere conciencia social e inspire a vivir con base en principios superiores.

Para ello conviene que el plan de estudios se ocupe de la pregunta por el hombre y la vida humana; de la cuestión estética, como prope-
 déutica del problema ético, en sus dimensiones personal, social, política y medioambiental; y, por supuesto, que haga el anuncio de la Buena Noticia, puesto que en una universidad católica la formación ha de incluir necesariamente una presentación atractiva, intelectual y existencial del *kerigma*, de “la siempre nueva y fascinante buena noticia del Evangelio de Jesús”.⁵⁸ Ese anuncio del *kerigma* debe ser una experiencia liberadora que le permita a cada persona descubrir el amor de Dios Padre y

56 HENAO BOTERO, Félix. “Nuestra Universidad es pontificia”, en: *El Rector y la Universidad. Homenaje del Claustro a su Rector Magnífico con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1973, p. 45.

57 *Ibíd.*

58 PAPA FRANCISCO. Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, n.º 4, literal a, 26 de noviembre de 2013.

encontrarse con los demás, porque “Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres”.⁵⁹

La formación humana que deben ofrecer las universidades católicas ha de conducir a la comunidad universitaria a un encuentro personal con Jesucristo,⁶⁰ por supuesto en un clima de libertad. En cuanto se trata de universidades, debe hacerse una exposición sólida, profunda, actualizada y sugestiva de la cristología al alcance de los principiantes; pero eso no ha de bastar, pues como dice Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas Est*, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.⁶¹

Por esta razón, es preciso idear experiencias formativas que permitan descubrir “la belleza y el encanto”⁶² del encuentro con el Señor Jesús. Lo prioritario es que la formación humana haga posible la relación personal con Cristo, el Señor,⁶³ pues no se trata tan solo de que se conozca el corpus doctrinal del catolicismo, sino de ofrecerle a cada persona

59 Consejo Pontificio Justicia y Paz. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n.º 52. Véase también la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n.º 178.

60 FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n.º 3, 26 de noviembre de 2013.

61 BENEDICTO XVI. Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 1, 25 de diciembre de 2005.

62 PAPA BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, n.º 2, 30 de septiembre de 2010.

63 PAPA BENEDICTO XVI. Carta Apostólica en forma motu proprio *Porta Fidei*, n.º 15, 11 de octubre de 2011.



la posibilidad de abrirse totalmente a Cristo y adherirse a él, que puede transformar al hombre hasta en lo más íntimo.⁶⁴ Decía San Juan Pablo II que la nueva evangelización debía ser nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones y nueva en ardor. En este sentido, valdría la pena que ideáramos un camino novedoso de poner a la comunidad universitaria en contacto con Jesús, de tal forma que cada uno llegara a descubrir que ser cristiano “es decidirse a estar con el Señor para vivir con Él”;⁶⁵ “estar con Él” es una experiencia de amor, de gracia y de gozo.⁶⁶

Tal experiencia podría contener dos fases: en la primera habría que lograr una *epistrophe*, un cambio de mentalidad. Lo decisivo en este primer instante sería acoger la invitación del Señor y abrir el corazón y la mente para dejarse instruir por Él;⁶⁷ permitir que su Palabra, la Eucaristía y la Oración⁶⁸ nos hagan pensar con los criterios del Evangelio. Alcanzada esa apertura mental y sintonizado el corazón con la sensibilidad de Jesús, que llena nuestra vida de un profundo significado y nos otorga “un nuevo criterio de pensamiento y de acción”,⁶⁹ vendría la segunda fase, la *metanoia*, una nueva manera de estar en el mundo, de actuar y de relacionarse con los demás, que es lo que llamamos conversión.⁷⁰

64 *Ibíd.*, n.º 10.

65 *Ibíd.*, n.º 10.

66 *Ibíd.*, n.º 7.

67 *Ibíd.*, n.º 7.

68 *Ibíd.*, n.º 13.

69 *Ibíd.*, n.º 6.

70 *Ibíd.*, n.º 6.

El quehacer educativo y, en especial, la formación humanista son una exigencia de *metanoia*, de transformación interior, de renovarse por dentro.⁷¹ La formación humana está llamada a dotar a los universitarios de la *fuertza espiritual básica* de la que hablaba Karl Jaspers,⁷² que es la que confiere sentido a todo lo que hacemos. Lo decisivo es contribuir a que cada alumno forje su propio talante⁷³ y alcance un *ethos* bien logrado, una personalidad moral madura; por ello, lo mejor que una universidad puede entregar es “el espesor humano de su cultura corporativa, el nivel del ambiente que en ella se respira, el estilo de la convivencia en sus aspectos formales y, sobre todo, informales”.⁷⁴ En la informalidad del día a día, en la calidez de unas relaciones interpersonales henchidas de valores humanos es donde mejor puede formar la universidad. En definitiva, la universidad católica existe para “la formación de una cultura cristianamente inspirada”,⁷⁵ en la que sea posible una “espiritualidad de la solidaridad global”⁷⁶ surgida del descubrimiento del amor de Dios.

Esa “espiritualidad de la solidaridad global” a la que se refiere el Papa Francisco en *Veritatis Gaudium* constituye una invitación a contener en nuestras propuestas formativas temas como como la inclusión, la diversidad y la pluralidad. Como tareas concretas podríamos proponernos trabajar por la superación

71 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., p. 104.

72 *Ibíd.*, p. 106.

73 FERNÁNDEZ-OCHOA, Luis Fernando. *La forja del buen talante. Obra del hombre*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2013.

74 LLANO, Alejandro. *Repensar la universidad*, op. cit., p. 103.

75 PAPA FRANCISCO. Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, n.º 4, literal a, 29 de enero de 2019.

76 *Ibíd.*

de los prejuicios que generan discriminaciones y marginación y promover una convivencia armónica surgida del reconocimiento y el respeto al otro. La formación humanista debe facilitar no solo el encuentro de la propia identidad, sino también la interiorización de la alteridad, que es tanto como hacer la experiencia de otra cultura, de otra manera de pensar, de otras inclinaciones y afectos, de otros intereses, de otras expresiones y otras prácticas para que dejen de ser extrañas y, sobre todo, para comprender que el otro es un semejante. “La cuestión es de qué modo tiene que ser vivido lo propio para que lo ajeno tenga igualmente lugar y que se posibilite el diálogo entre uno y otro”.⁷⁷

Las humanidades hoy en día deben buscar lo intercultural, el establecimiento de puentes

que faciliten el acercamiento y hagan posible la *conversación*. Cuando este acontecimiento sucede, cuando dos extraños dialogan, “algo cambia en el mundo”,⁷⁸ dos seres humanos se reconocen como tales, se comportan como tales. Cuando eso sucede, las cosas no quedan como estaban: “cada interlocutor encuentra al otro y se encuentra a sí mismo en el otro”.⁷⁹ Cuando eso pasa, cuando el diálogo es auténtico, se llega a la certeza moral de que lo que importa no es ni lo que piensa, ni lo que cree, ni lo que siente el otro, sino que es un ser humano como yo, y entonces deja de ser un *otro* para ser un *tú*. En suma, la universidad católica debe ser una “escuela de tolerancia y de comprensión”,⁸⁰ como dijo Miguel de Unamuno en su *Última lección*; una espacio que contribuya a la instauración de una cultura del encuentro.



77 ESQUIROL, Josep M. *Uno mismo y los otros. De las experiencias existenciales a la interculturalidad*. Barcelona: Herder, 2005, p. 65.

78 *Ibíd.*, p. 72.

79 *Ibíd.*, p. 75.

80 UNAMUNO, Miguel de. *La última lección de D. Miguel de Unamuno*. Madrid: Ministerio de Educación Pública y de Bellas Artes, 1934, p. 4.

